

## Voces a la distancia

Por Noé Jitrik

Me resulta, por lo menos, extraño, verme en la situación de tener que participar de un homenaje a Juani; lo merece, su obra y su persona, esto está fuera de cuestión, pero es raro para mí porque el hecho de su muerte no es algo que yo pueda aceptar en su caso tan fácilmente, tan razonable como que nos morimos todos y a unos les toca antes y a otros después. Ya lo señalaba, no como si fuera una novedad absoluta, Louis Aragon en un hermoso poema, “muchos murieron, muchos siguen vivos/ no les caen a todos las mismas barajas”.

A Juani, que sabía barajar muy bien, le tocó una muy fea y, con ese imprudente hecho cortó una conversación que había comenzado conmigo hacia 1959, cuando irrumpió, en una tarde soleada, acompañado por Hugo Gola, a quien también le tocó irse hace cosa de un año, en la casa que ocupaba Paco Urondo, junto a la Setúbal, vociferando contra *Contorno*, reivindicando a Borges, cuestionándome vigorosamente por no sostener a Borges, pobrecita víctima de la despiadada furia de los Viñas. Lo recuerdo sudoroso, gesticulando, movido por una pasión que en ese momento consideré seguidista pero que muy pronto cambiaría su signo sin por eso perder su espesor. Esa tarde, creo, fuimos todos, yo llevado y mi ánimo sublevado al atravesar el inmenso río, a visitar a Juan Ele, dios mayor del grupo santafesino, no para rendirle tributo sino, creo, para comprender una obstinación, una expresión mayor de la fusión entre naturaleza y palabra: éramos jóvenes y adictos a la poesía. Juan Ele iluminó con sus vacilaciones una tarde que permanecería en mí. Creo que comprendí en ese momento que mi destino estaría ligado a los componentes de ese grupo que estaban por hacer de Santa Fe la “zona”, donde tenían su refugio dioses fluviales y otra familia de deidades, Dylan Thomas, Ezra Pound, Dorival Caymmi, el indispensable Borges, Drummond de Andrade y ya no sé quién más.

Esa pertenencia la pude sentir después; en ese momento pensé que pocas ganas tendría Saer de seguir atacándome y yo de escuchar sus veneraciones. Me engañé: no mucho después, sorpresivamente, me buscó en Buenos Aires, acaso porque “Paquito” se había convertido en algo así como mi hermano y hacía de embajador de sus santafesinos, o porque intuyó posibles afinidades o bien la posibilidad de ser escuchado en su turbulenta necesidad de sacar de sí mismo lo que se estaba cocinando en su imaginario, precisamente la “zona”, no el enigma a la manera quiroguiana, más bien un

despertar de pasiones, ansias indefinidas no ligadas al paisaje sino a costumbres, conductas, peculiaridades.

Pero algo quedó entre nosotros que no se sé si llamar entendimiento o alguna poética que se nos estaba insinuando; el hecho es que un par de años después apareció en Besançon, donde había desembarcado con una beca para estudiar francés y resulta que nosotros estábamos instalados allí, gracias a las benéficas medidas tomadas por el efímero general Onganía. En ese momento empezaron a tomar forma nuestras relaciones, salidas de descubrimientos, conversaciones, viajes y, sobre todo, la aproximación a lo que iba siendo su obra. En las primeras lecturas tuve una sospecha: así como antes era Borges ahora me parecía que los llamados objetivistas franceses, Robbe-Grillet, Sarraute, Simon, Butor, se habían convertido en sus primeros libros en sus guías, lo suyo no era “su” estilo sino una búsqueda de estilo a través del marcado estilo de esos otros. Y, por otra parte, desde mi punto de vista de entonces, lo poco que en sus textos tenía que ver con la literatura argentina eran las meras locaciones, no la escritura que ya estaba practicando, ceñida, lenta y repetitiva, con fuertes impregnaciones objetivistas; pero si tenía esos rasgos bien pronto dejó de tenerlos: la lectura de *El limonero real* cambió mi manera de ver, no solo porque las enseñanzas “objetivistas” eran una mera reminiscencia sino porque tomaba forma una muy personal investigación, no naturalista, no de referentes, sino de las incesantes posibilidades del lenguaje que, sometido a un filtro permanente, hacía de su tentativa, llámese “estilo” si se quiere, una presencia novedosa y fuerte, no había inconveniente en entender ese relato obsesivo y recurrente como de un realismo neurótico en cuyo gesto nada se acaba porque nada comienza realmente.

A Juani le gustó lo que le dije acerca de *El limonero*, tanto que me dedicó *Nadie nada nunca* que traía en sus alforjas pero que anticipaba lo que sería su decisión francesa que no presentaba como un hecho: sospecho, ahora, que ese título era mallarmeano, lo que parece evidente pero que indica otra cosa, su interés creciente por la poesía, no por sus poemas de *El arte de narrar* sino por la cada vez más sólida convicción de que no hay otra salida para la narración que el nutriente poético. Llegado a este punto el camino se aclara, ya no se trata de Borges ni de Claude Simon sino de una escritura que trata de aprisionar lo más recóndito de esa zona que podía parecer nada, un hato de costumbres, un mero cruce de historias menores, casi de la caza y de la pesca, pero encerraba y encarnaba una oscura y secreta realidad, no se trataba de los lentos surubíes ni de los montes cerrados en los que suele durar gente hosca, cerril y

deteriorada por la desgracia sino de lo que se puede hallar en ella, psicoanálisis aparte, caracterología aparte, costumbrismo aparte.

Juntos, con Tununa Mercado, los niños míos, Gladys y Saúl Yurkievich, asistimos en un breve puerto toscano a la llegada del hombre a la luna, mientras el lirismo del ambiente italiano nos hacía sentir que todo se podía abrir a un encanto informulable, playas y personajes, conversaciones incesantes, tan incesantes como la incesancia de su cada vez más perfilado sistema de volver sobre lo dicho, como para extraer por la vía de una escritura de retornos constantes un jugo significativo, un siempre algo más, inalcanzable y ansioso, lo que no se acaba cuando el lenguaje es inquirido, apremiado, casi personalizado, algo análogo a lo que puede ser la conversación infinita que inquietó a Maurice Blanchot.

Celoso, inquieto, disconforme, Juani se enfrentaba igualmente a ese monstruo voraz que se llama “literatura”, incluso la argentina, que en un momento primero parecía molestarle, una especie de peso que, por oposición, era lo que le importaba a ese explícito y molesto *Contorno*, así como a Borges joven le molestaba esa terrible modestia de escritores que optaban por el localismo, como si hubieran renunciado, escribiendo, a las angustiosas aventuras de la escritura. Clamaba contra los autores del estrepitoso “boom”, cuyo ruido le espantaba. No era indispensable para mí compartir esos rugidos; más atractivo, dejando de lado estallidos y juicios rotundos respecto del mundo literario circundante, era considerar en cada nuevo libro, que ya iba constituyendo un corpus, una semi saga a lo Faulkner, lo que podría llamar la materia de un destino; me refiero al propósito argentino de poseer una literatura. ¿No puede entenderse por este lado *El entonado*, con fondo de Payró, como una manera de proponer, como lo ha hecho siempre la literatura, un deber ser para la literatura argentina, un retomar y rehacer con nuevas voces las apagadas de nuestros iniciadores? Y ese viaje extraordinario por las soledades delirantes y pampeanas de *Las nubes*, ¿no es acaso un tributo desopilante a esos solitarios cronistas y dibujantes y pintores que recogieron el mensaje de Sarmiento al pintar a los habitantes de esa nada que se trataba de comprender? Y, por fin, ¿no es *La pesquisa* un arreglo de cuentas con el Borges que lo había seducido hasta la vehemencia con su propósito de levantar esa estratagema tan menor del enigma?

Me pregunto, no sin inquietud, por qué nos fuimos suavemente alejando. Será el curso natural de las cosas o bien que los contextos que fatalmente nos van incluyendo varían los términos de las conversaciones que antes eran tan reales; en cierto momento,

cuando ya Juani había sido aceptado y exaltado en la pequeña familia literaria sentí que lo que había podido significar yo para él era dejado de lado, como si el descubrirlo en ese momento fuera mucho más denso e importante que una historia, no de una celebrada construcción sino de dos, que eso es una conversación. ¿No es a eso que se refiere el nunca olvidado Alberto Vanasco cuando escribe, convencido, apodíctico, “la amistad de los poetas es la verdad de la poesía”?

Un escritor, habría sentenciado Tito Monterroso, aspira a o pretende ser el único: la gloria deber estarlo esperando en algún recodo de la biblioteca universal. ¿Por qué no tendría esa apetencia Juan José Saer? Seguramente la tenemos todos, no lo decimos; cansados de perseguir ese alado fantasma nos resignamos pero, en el caso de él, la obra que fue consolidando es única, impregna los modos de la escritura, tal vez olvidemos las ocurrencias, incluso las situaciones, pero no se puede olvidar la entonación, el giro, no la quiero llamar “música implícita”, pero sí un sesgo del que hay que cuidarse porque atrapa, se quiere escribir ese modo. Lo cual no es trivial, no se trata de imitación sino de manera de moverse en la selva de las palabras, de comprender vagamente qué tiene una literatura que no puede sino ser singular, ese rasgo que los primeros, los Echeverría, los Sarmiento, sintieron como lo que debía ser para ser y a lo que arduamente se le debía dar forma.

Me parece que ahí, en esa tradición está mi querido Saer. Creo que eso es lo que puedo comprender de su tránsito por esta tierra y por esta literatura, a veces ardiente, a veces apagada.